

recianos ya tocarla, pero caminábamos, y caminábamos y aquella distancia no se acortaba jamás; en vano preguntábamos á los arrieros, y cuantas personas encontrábamos por el camino para consolarnos si nos anunciaban la proximidad; eran sus respuestas contradictorias, animándonos unas veces, y otras llenándonos de mayor desaliento; en estas alternativas vimos espirar la luz en el horizonte, y continuamos avanzando, hasta que al fin á las 7 de la noche llegamos á Oaxaca despues de haber caminado diez y ocho leguas. Allí debíamos descansar y suspender por algunos días nuestra marcha.

CAPITULO CLXVII.

Ultimas páginas del manuscrito de Genaro.

Antes sin embargo de describir esta capital, queremos dar á conocer al lector las últimas páginas del manuscrito de Genaro, y concluir la lectura de esa cartera que por tanto tiempo habia ocupado nuestra atención, haciéndonos sentir tan fuertes emociones y pasar á la vez tan gratos instantes.

Sus últimas hojas estaban concebidas en estos términos:

Al día siguiente me levanté como á las ocho, y despues de haber permanecido un corto raro con los niños que no querian dejarme, partí para ir á ver á D. Justo que vivia en la misma casa

en que murió mi madre pues había quedado cuidándolo todo llegué á ella, pero no pude subir porque á la vista sola de esa casa sentí que mi corazón se helaba de espanto, y que se apoderaba de mi alma la mayor amargura y abatimiento..... D. Justo á quien mandé llamar apareció pronto, reconviniéndome por haber ido á buscarlo.

—Me hubieras mandado llamar hijo mio, me dijo, y no exponerte tan presto á tan fuertes impresiones.

—Tienes razón Justo,—contesté; pero me urge mucho lo que tengo que decirte.

—¿Qué es, pues, lo que deseas Genaro? me interrogó con sorpresa.

—Entonces le manifesté mi proyecto y lo acogió con presteza, prometiéndome hacer lo que yo deseaba.

—La comisión que me das es comprometida añadió después de un instante de reflexión; si hubiera ocurrido alguna desgracia aunque yo no lo espero, claro está que al decirte yo: no te conviene ir, no vayas, comprenderías al instante cuál era el motivo y darías nuevo pávulo á tu tristeza.

¡Es verdad! pero ¿qué remedio? me es precisa esa noticia; es necesario también que pronto parta, y no me atrevo á hacerlo sin saber lo que

ha pasado porque volver á Italia y no encontrarla..... ¡Oh, no, Dios mio, este pesar me mataría!..... no, no me hallo con valor para sufrirlo!.....

—Tienes razón, Genaro; pero aun hay que temer otra desgracia; puede ser muy bien que viva Leonor, pero que tu conducta halla hecho que su corazón ya no te pertenezca, ni abrigue por tí el amor que antes abrigara..... esto hijo mio no es fácil saberlo, y sin embargo, puede ser cierto.

—No importa, repliqué ahogando un suspiro;—quiero únicamente saber que ella vive, que no ha seguido á Clara al sepulcro, y entonces, aunque tenga que sufrir el mas horrible desengaño, partiré y veré á Leonor; me arrojaré á sus pies, los bañaré con mis lágrimas y volveré á amarme; ¡ah! son tan poderosas las razones que me asisten Justo, que espero que Leonor y sus dignos padres han de comprenderlas; además, tu lo sabes; Milord es mi padre, y ¿puedes creer que no tenga compasión de su hijo? ¡ah, no! por mas irritado que se encuentre, al saber quien soy, al leer la última carta de mi madre, se aplacará su ira y me recibirá en sus brazos!... Y Leonor, si no menta al expresarme la fuerza de su amor, es imposible que haya podido tan pronto olvidarme.....

Pon pronto ese parte Justo, estoy impaciente por saberlo todo, y tan luego como recibas la respuesta ve á buscarme pues ya no saldré de casa despues de haber visitado como voy á hacerlo en este instante, el sepulcro de mi madre.

¿Vas á ir allí hijo mio?—No Genaro, tú estás aquilatando el sufrimiento, estás haciendo lo que es superior á tus fuerzas! no vayas, y sobre todo nunca lo hagas solo.....

—Lo que me pides Justo, es un imposible, miéntras permanezca yo aquí no se pasará un solo dia sin que visite el sepulcro de mi madre idolatrada, ¿acaso me perdonaria ella el que yo no lo hiciera? ¿podria perdonármelo yo mismo? ¡Oh no; jamás! adios amigo mio, añadí levantándome; te espero impaciente, no tardes en buscarme. Así hablando salí de la casa y me dirijí presuroso al Cementerio, subiendo á la colina en que yacia solitaria mi madre querida!..... Una vez allí, me postré sobre la loza funeraria y no pude impedir que el llanto viniese á nublar mi vista..... Aquella loza no encerraba mas que un nombre; pero ese nombre, era el que mas grabado aun que en ella misma, se encontraba en mi alma!... “¡Matilde!” decia; y estas siete letras hacian estremecer las fibras mas delicadas de mi corazon! ¡Ah, sobre su sepulcro, sumergido en la meditacion mas profunda, recor-

dando minuciosamente sus sábios consejos y su inmenso amor hacia á mí..... parecíame vivir con otra vida. Estos recuerdos traian á mi mente otros mil sobre todas las circunstancias de mi existencia, y formábase una cadena prolongadísima que me hacia sufrir mucho, y gozar á la vez.

Permanecí cerca del sepulcro de mi madre largo tiempo hasta que por último me decidí á abandonarlo no sin un profundo dolor en el corazon, pues solo estando á su lado en aquel lugar experimentaba algun consuelo.

Cuando regresé al Asilo el padre Bernardo salió á mi encuentro diciéndome que todos estaban ya impacientes é inquietos por mi tardanza.

—No puede vd. figurarse Genaro, añadió el cariño que le han tomado todos estos pobres huérfanos, y cuando por mis repetidas preguntas notaron mi inquietud; la suya no tuvo límites; todos se ofrecian para salir á buscaros, y he tenido no poco trabajo en contenerlos.

Las palabras del Padre Bernardo no pudieron menos de excitar mi gratitud. En el alma os agradezco vuestro interés le dije; pero otra vez no os tomeis tanta pena por mí, frecuentemente sucederia lo que hoy; fuí á visitar el sepulcro de mi madre, y ya una vez á su lado no queria

abandonarla; ¡tengo tanto que decirle cuando la veo, que me es imposible acortar mis visitas!...

—Pero hijo mio, si me permitis decíroslo, no querria que repitieseis con tanta frecuencia esas visitas; ¿por qué renovar la fuerza de vuestro dolor con la vista de ese sepulcro? ¡Ah! cuanto mejor seria que por lo pronto no fueseis tan á menudo; mas tarde, cuando las impresiones sean menos recientes y por lo tanto menos vivas; cuando tengais ya una compañera que con vos se encuentre unida por el santo lazo del matrimonio, entónces podeis hacerlo; pero ahora mejor fuera que os abstuvieseis si nó del todo, al menos que no fuera con tanta frecuencia.

—Vuestros deseos en este particular padre mio, serán satisfechos; porque si hoy como lo espero recibe Justo la contestacion del parte que le encargué pusiera, partiré mañana mismo aunque no sin despedirme antes de mi idolatrada madre, en su sepulcro.

—¿Y por qué no omitis esa despedida que no puede ser sino muy dolorosa, y que se os quedará grabada con una impresion muy amarga en el alma?

—¡Ah padre mio no es posible que pueda cumplir en esto vuestro deseo; no podria partir sin decirle adios; no tendria paz ni tranquilidad, pa-

receríame haber cometido un crimen, al no hacerlo que tan naturalmente me pide el corazon!...

—Bien, Genaro, ireis; pero prometedme que vuestra permanencia allí no será muy prolongada y que no os dejareis llevar de la fuerza de vuestro dolor.

—Os lo prometo, Padre, será como lo pedís.

—Gracias hijo mio, gracias, exclamó entónces el buen anciano tendiéndome los brazos.

En seguida me llevó él mismo entre los pobres huérfanos, los cuales al verme se llenaron de un placer tan inmenso, que por él pude comprender cuál habria sido su angustia; todos me abrazaban, besaban mis manos, y me llenaban en fin de caricias. Despues que les hube consagrado un largo rato me retiré á mi pieza, estaba muy impaciente; esperaba á D. Justo con una ansia imponderable; figurábaseme que su retardo por cierto muy natural, no podia ser sino porque hubiese sucedido alguna desgracia la cual no se atrevia á decirme, y de la que yo mismo de antemano no queria ni oír hablar. porque su presuncion sola me hacia comprender que seria para mi imposible resistirla, mas todavia despues del golpe que acababa de sufrir.

Eran ya las ocho de la noche: dentro de dos horas me dije interiormente, se cierra la oficina telegráfica y si no viene esta noche la respuesta

¿qué será de mí?..... ¡Ah! mi impaciencia iba en aumento, cada instante que pasaba parecíame un siglo, y el tiempo se me centuplicaba en su carrera.

Dieron las diez, y al ver que Don Justo no llegaba me puse en un estado horrible de desesperación. El reglamento del instituto prevenía que después de las nueve, á nadie era permitido entrar ni salir del edificio excepto en casos de necesidad; el mío lo era y urgentísimo, de modo que me propuse ver al Padre Bernardo para avisarle que tenía que salir aquella noche, y para que no hubiese alteración alguna en el orden de la casa, me proponía no volver sino permanecer al lado de Don Justo; en esta disposición me hallaba cuando unos fuertes golpes dados en la puerta hicieron palpar violentamente mi corazón; no pude esperar con calma sino que presuroso salí al encuentro de Don Justo; pues no me cabía duda de que era él el que tocaba, como en efecto sucedió.

Apénas lo vi, lleno de ansiedad le pregunté: ¿buenas ó malas noticias?... ¿en aquellas palabras se encerraba todo mi porvenir!.....

Don Justo se adelantó hácia mí y me dijo: no te impacientes Genaro, hasta hora no he recibido respuesta, pero mañana temprano la tendremos te lo aseguro.

Sus palabras me hicieron una impresión horrible; no podía ni un instante creer lo que me aseguraba; ¡ah por piedad! le repetía no me atormentes, dime pronto lo que hay aunque sea su muerte!..... Sí, tú me ocultas lo que ha habido... por eso has retardado tu venida porque en esa respuesta está no puedo dudarle mi sentencia de muerte! Mejor habría sido que hubieras permanecido á mi lado si es que desconfías de mí Genaro, añadió Don Justo algún tanto molesto; entonces detenido como yo todo el día en la oficina telegráfica, habrías visto si algo había venido ¿por qué ocultarte lo que tarde ó temprano tendrías que saber?..... no hijo mío; no seas ligero en tus juicios, yo no seré el que te oculte nada, así como jamás lo hice á tu digna madre, ambos sufriríamos, pero así era preciso..... No te desalientes continuó al ver mi abatimiento, ni te dejes agobiar por el dolor; á la distancia en que estamos no es fácil averiguarlo y saberlo todo en un momento, ten calma y mañana verás terminada tu agitación.

Las palabras de Don Justo me alentaron algún tanto, pero no lograron borrar la impresión que había recibido. En mi deseo vehemente, esperaba haber encontrado en aquel mismo día lo que debía haberme hecho infeliz ó melos desgraciado; y al no ver satisfechos mis deseos, no pu-

de menos que sentirme vivamente contrariado; era natural, yo lo comprendia perfectamente!...

Don Justo se retiró manifestándome que desde el amanecer estaria pendiente, que seria el primero en entrar á la oficina del telégrafo; se lo agradeci anticipadamente, y le repeti mi encargo de que volase á buscarme, tan luego como hubie biera alguna respuesta.

Cuando de nuevo me vi solo en mi pieza, mil ideas á cual mas fatidicas se agolparon en mi imaginacion; en vano traté de buscar en el lecho un momento de reposo, me fué imposible; entónces me levante y me puse á escribir lo que en estos momentos he trazado, y que me parece estará escrito de un modo confuso, como yo mismo me siento; no puedo comprender como he podido trazar estas líneas, porque realmente no estoy para nada; y si lo he hecho, ha sido unicamente porque quiero que Leonor lea frescas las impresiones de mi alma.

Ya comienza á amanecer, no sé por qué me siento en extremo agitado; querria que las horas que se han hecho eternas durante la noche, se acortásen, y que pronto llegase el momento en que Justo apareciera. Se ha avivado mucho en mi alma mi amor por Leonor y pareceme que sin ella ya no podré vivir. ¡El Señor lleno de bon-

dad y misericordia me proteja y dirija piadoso hácia mi sus miradas!

En terrible angustia he pasado las primeras horas del dia, y la tardansa de Don Justo me tiene lleno de sobresalto, llega al fin; ¡bendito seas Dios mio!

Eran las diez de la mañana cuando entró Don Justo, en su semblante aparecia la satisfaccion y el contento, al verme me abrió los brazos diciendome con acento lleno de placer: ¡hijo, mio Genaro, Leonor vive aún!.....

Estas palabras me hicieron estremecer de placer. ¡Ah! ¡con que aun puedo ser dichoso? exclamé en un arrebató de entusiasmo ¡oh Dios mio que felicidad!.....

Si Genaro, Leonor vive continuó Don Justo, aunque dicen que moralmente ha muerto, leé tú mismo el parte que he recibido y te convenceras con tus propios ojos, lo hice así en efecto porque la última esprecion de Justo me habia dado á comprender el estado de Leonor, el parte estaba concebido en estas términos:

“Justo: Leonor vive, pero ha muerto moralmente solo tiene fuerza y aliento para aliviar al desgraciado y ejercer la caridad, llora continuamente y no trata á nadie, viviendo en una concentracion completa, es su cuerpo el sepulcro de una alma infortunada.... toda la sociedad la com-